

*Test de narración sobre transcripción  
de la conversación psiquiátrica  
23/10/2053  
Anexo E3 del informe Miller*

Como parte del Test de narración de Kauffman se le pidió a Jack Miller que hiciese una transcripción basada en su memoria de su entrevista con el psiquiatra. El objetivo era deducir un diagnóstico preliminar con base en la forma en la que el sujeto percibió esa entrevista. A continuación se detalla el análisis de la transcripción.

[...] siendo lo primero que llama poderosamente la atención: el uso de un estilo narrativo cercano a la novela, totalmente inapropiado. Este alejamiento de la descripción aséptica, que se le pide a una transcripción, se ve todavía más remarcada al compararla con el vídeo de la entrevista, apreciándose que las citas eruditas del texto son un añadido a posteriori que no se produjeron en la conversación original.

[...] Parece ser que el paciente es un ávido lector de ciencia ficción, lo que podría explicar esta

tendencia a la narración como si fuese una novela de ciencia ficción *noir*, lo que no excluye...

[...] sin embargo, esta propensión a introducir cambios en la secuencia de hechos original o reinterpretarlos a conveniencia revela una psique con tendencia a la manipulación que pretende controlar una situación que el sujeto siente como extraña. Este hecho se ve reforzado en el constante desprecio, uso de improperios e intentos de desacreditación del psiquiatra.

[...] Debida a esta última característica, el Test de Steer-Jackson basado en 98 ítems en una escala Likert de cinco alternativas podría no ser útil a la hora de diagnosticar esta disfunción porque el sujeto tiene suficientes conocimientos de psicología como para falsear la prueba, ofreciendo las respuestas más adecuada a sus intereses. Sin embargo otras lecturas neurométricas como la de Grascini-Steward sobre patrones neuronales pudieron confirmar este diagnóstico con una probabilidad del 0,7 (Ambos test forman parte del Anexo F de este informe).

[...] Sería aventurado todavía emitir un diagnóstico del paciente Jack Miller, pero por lo expuesto anteriormente parece que nos encontramos ante un trastorno obsesivo compulsivo del tipo de intolerancia a la incertidumbre que se manifiesta en

su forma general en: otorgarse una responsabilidad excesiva en el acontecer de sucesos que escapan a su control y sobre todo en la necesidad de encontrar una causa incluso en aquellos hechos que carecen de explicación.

[...] de confirmarse este diagnóstico preliminar, se requeriría la programación del polvo inteligente, que se le volverá a inocular en breve, para que actúe como estimulante de las vesículas que liberan la serotonina o inhibiendo la recaptación de este neurotransmisor, pues es su baja recepción la causa principal de este TOC.

*A continuación se adjunta un extracto del test de Kauffman en el que se basa este diagnóstico.*

[...] Me puse serio. O ese comecocos no me escuchaba, o no me estaba entendiendo nada de lo que le decía, así que decidí jugar en su terreno utilizando conceptos que él pudiese comprender.

—¿Sabe esas personas a las que les tienen que cortar el cuerpo calloso que une los dos hemisferios cerebrales y por eso uno de ellos no conoce lo que conoce el otro?

—Síndrome de hemisferio dividido se llama.

—Como sea. Leí una vez un caso de esos. Al tipo se le pidió que cerrase la ventana. Este lo hizo

y después se le preguntó por qué la había cerrado. ¿Y sabe lo que contestó?

El comecocos negó con la cabeza.

—No crea que dijo que lo hizo porque se lo hubiesen pedido, que sería lo lógico, sino que contestó que la cerró porque tenía frío.

—¿Y sabe por qué ocurrió eso?

—¡Claro que sí, joder! Si no, no le estaría contando esta maldita historia. —El comecocos me ponía de los nervios. Al final iba a parecer que era él el que la estaba narrando—. El hemisferio que había realizado la acción sabía por qué lo había hecho, pero no podía comunicárselo al hemisferio que controlaba el lenguaje que era el hemisferio que tenía que dar la respuesta, así que este se inventa una causa plausible de su comportamiento.

—Es la teoría del intérprete del Dr. Gazzaniga —me dice como si no lo supiese.

—¿Está usted contando la historia? —le respondo enfadado—, porque hasta donde yo recuerdo usted no estaba contando la puta historia. —Puse fin a sus intentos de apropiarse de mi narración—. Deje de interrumpirme —le pido amablemente— y escuche. Lo importante aquí no es que no pudiese saber por qué lo había hecho realmente, el noventa y nueve por ciento de las cosas que hacemos no tenemos ni idea de por qué las hacemos: se estimula una neurona aquí, un neurotransmisor se activa allí y nuestro cerebro genera una respuesta que nos ex-

plicamos siempre *ad hoc*. —Ese comeocos de paco-  
tilla se pensaba que no sabía nada de psicología—.  
Lo interesante de este caso es que nos muestra hasta  
qué punto nos inventamos contestaciones a pregun-  
tas para las que no tenemos ninguna respuesta.

—¿Y qué conclusión saca de ello, señor Miller?

—Pues que va a ser. Que preferimos creer una  
mentira a tener la certeza de que no sabemos una  
mierda. El cerebro necesita rellenar los huecos de  
nuestra patética existencia.

—¿Y qué tiene esto que ver con lo que hablá-  
bamos?

De los nervios me estaba poniendo el come-  
cocos.

—¿Acaso hay que explicárselo todo? Vivimos  
suspendidos en el vacío. Cruzamos el fino alambre  
de la existencia como funambulistas y logramos  
mantener el equilibrio sobre la nada sin más pérti-  
ga que nuestra capacidad de invención. ¿Cree que  
soportaría su vida si supiese que no tiene ningún  
sentido? Ya se lo digo yo: ni de coña. Si ha llegado  
hasta aquí es porque vive engañado. Su cerebro, mi  
cerebro, el de todos ¡joder! se ve obligado a evitar  
el vértigo de nuestro deambular creando la ilusión  
de la continuidad. Ahí donde se manifiesta la vacía  
existencia, nuestro circuito neuronal nos brinda un  
sentido. Ahí donde nuestro cerebro ve un hueco,  
lo rellena con una explicación. El espíritu de lo  
apolíneo lo llamó Nietzsche: la capacidad que te-

nemos de embellecer el caos dionisiaco imposible de asimilar. ¿Conoce a Nietzsche?

—No mucho.

Impostores, todos los comecocos no sois más que impostores.

—Pues debería leerlo más. Aprendería un par de cosas de psicología. Porque Nietzsche ya lo dijo, claro que no hablaba del cerebro. ¿Pero qué más da? Nuestros cerebros lo hacen constantemente.

—¿Qué hacen constanmente?

—¿Ve? El suyo lo acaba de hacer. En este mismo instante. ¿Acaso no lo ha notado? Compruebe si en la línea de más arriba acaba de leer «constanmente» o «constantemente». ¿A que sí? Su cerebro ha dado sentido a una palabra que no lo tenía, ha dado al caos un orden que no existía. ¿Ve? Apolo se impone a Dionisos.

—Sigo sin ver a donde nos conduce todo esto.

—Pues que no me van a creer por mucho que les cuente. La hipótesis que le cuadra a sus estrechos cerebros es que estoy loco, ¿verdad? Y aunque les diese una historia casi igual de verosímil, su cerebro no les dejaría ver la verdad porque prefieren la explicación simple y ordenada a la caótica. Y no se crea que me quejo. Está en nuestra naturaleza: *horror vacui* lo llamaron los latinos. Pero ¿para qué quieren entonces que les cuente mi versión de los hechos?

—Loco es una palabra que no utilizaríamos nunca. Y es verdad, como usted ha señalado, que el